

ROBERTO MUNIZAGA AGUIRRE

Una larga espera acabó con la vida de nuestro académico, profesor y amigo.

Roberto Munizaga Aguirre es el nombre del auténtico oficio de maestro, que es la más alta liturgia de la fuerza moral y la más elevada estatura del pensamiento y de la acción del hombre. Símbolo, tal vez, este oficio, como las piedras mudas que contara Gabriela "que por tener el corazón más cargado de pasión que sea dable y que no por no despertar su almendra vertiginosa, sólo por eso no mueren", sólo por eso viven. Este adiós -homenaje de hoy a Roberto Munizaga, a sus noventa y cuatro años de perspicaz existencia es el homenaje- adiós al que ha seguido por los caminos de esta tierra, buscando Chile, profetizando Américas y descubriendo humanidades, al que asido a la esperanza, encontró otra manera de levantar la estatura de la persona humana.

159

Roberto Munizaga fue el hombre de esa tierra norteña. Amada desde el incitante oleaje de la mar hasta el duro surco feraz de sus colinas y montañas. No le fueron ajenas esas hermosas comarcas pueblerinas ni los cielos azules de Vicuña. Fue, quizá, el más inquieto devorador de propias y extranjeras geografías. No sólo se empenó en los caminos donde pasan y moran los viajeros del largo Chile nuestro o del lejano mundo de la vieja Europa. No sólo usó sus ojos, sus oídos y su mente para desentrañar la razón de la existencia humana, ni para hallar el misterio del hilo del Ariadna o la ruta mitológica de la ansiada Itaca. Este hombre singular soñó y viajó también por los espacios siderales plagados de miles de millones de estrellas y galaxias y en las noches abiertas y cálidas del estío dialogaba absorto con la infinitud oscura y oculta del universo todo.

Porque este hombre, educador verdadero, en su hacer cotidiano tuvo siempre el compromiso con las ideas y la cultura, con eso que desde un punto metafísico se llama la verdad. Por algo se proclama que los que cultivan la razón mantienen la integridad de su propio pensamiento, la rectitud y el respeto a las reglas del limpio juego de la reflexión. No pudo nunca por eso corromper la integridad de su espíritu, que es luz, introduciendo su iluminación en la oscuridad de unas disputas por el poder, por la ambición, por la influencia.

¿Qué clase de hombre fue este ser tan especial y tan distinto? ¿Qué motivos tan

ciertos lo encaminaron en la vida con rasgos tan peculiares y tan exactos? Es que no basta ser sólo un hombre, es preciso tener calidad de estatura y firmeza de humanidad.

Este preclaro educador vino de las estancias donde se encuentran los hombres buenos, donde pasan los tiempos para quedarse alojados en el corazón en que se hospedan la sabiduría de la tradición y la esperanza y se detienen el vocerío a pláticas la palabra universal de la democracia, de la educación y del trabajo. Estancias donde sus hijos no encumbran su nombre para dar a conocer sus tallas personales ni la calidez de sus saberes. No fue un aspirante a honores, cargos o prebendas. Hizo su vida como la naturaleza hace los árboles, y su oficio y su destino se unían con la solidez de la verdaderamente congruente.

Lo conocí desde los tiempos de nuestra coterraneidad, venidos de la geografía pequeña y verde deambulando por los mismos caminos de la vocación del oficio. Él, mi maestro, y yo, su discípulo, supimos también ayer la polvareda alegre de la juventud y hoy, pasadas las alegrías y tardanzas, la pausa cierta de ese largo transitar de saberes y de asombros.

De conocimiento y experiencias profundos y revitalizadores, este maestro señaló a los hombres y mujeres del oficio, la ruta del aprendizaje y la enseñanza. Su obra toda sacude los cimientos de la educación chilena, continuando la línea orientadora de Valentín Letelier y de sus coetáneos más próximos y enriqueciendo su pensar con las ideas de John Dewey. Como ninguno, Roberto Munizaga es el veedor del universalismo y del pensamiento social, el analista acerbamente crítico del sistema educativo existente y el más inveterado exponente del desarrollo y fomento de la educación nacional.

160

Me valgo de este momento para exaltar la figura de Roberto Munizaga y recordar todos los ilustres educadores de ayer, que creyeron que la educación es fundamento de todo proceso de cambio, que el cambio verdadero es un cambio de intelecto, de actitud, de voluntad, de conocer primero para hacer después. Por esa firme convicción de Roberto Munizaga de que educar es realmente hacer el camino mejor para el hombre, su circunstancia modificable y su ámbito material y espiritual, fue siempre, en todo, un maestro. Educó y contribuyó a la educación en sus múltiples quehaceres. Y lo hizo siempre desde adentro, no sólo con la profesionalización necesaria sino con una vocación auténtica.

Ahora que de nuevo Chile se halla enfrentado a la reforma total del sistema educativo, no podemos olvidar el valor de las ideas que inspiraron toda la obra del eminente educador. Él, más que nadie, supo lo que fue el historial pedagógico del pasado y, más que nadie, supo también examinar los hechos de su presente para revelar los proyectos del futuro.

El conjunto universal de conocimientos, unido al innegable entronque de su historia con la historia de la nación y con la tradición intelectual de Chile, ha hecho que sean los humanistas, como este egregio maestro, los que han contribuido a construir cultural y materialmente este país. Los hombres de letras, de ciencias y pensadores han dado un vuelo asombroso sobre todos los siglos conocidos. Enamorados siempre del progreso y del humanitarismo han hecho nacer, con fabulosa vehemencia, las esencias de los saberes y las virtudes del espíritu.

Recuerdo ahora a este querido maestro que quiso siempre aprender a no maltratar su corazón con la injusticia ajena, pero que siempre acogió en su corazón a los que participaban con él en la defensa de un ideal.

Y ahora que estoy frente a él ni siquiera he tenido necesidad de buscar las palabras en mí para decirle toda la gratitud y respeto que le deben los hombres y mujeres de la educación y la cultura que están esta mañana junto a él y los otros que, en ausencia obligada desde la distancia lo despiden. Sin embargo, pareciera que se hubiera creado intempestivamente un incomprensible protocolo de la soledad y el olvido, porque no están aquí todos aquéllos muchos del abecedario y del hacer educativo.

Cuando recibí ayer el llamado telefónico de un querido amigo, anunciándome su muerte, supe que tenía que estar aquí, en esta triste ceremonia y hablar, en representación de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Supe en el mismo momento lo que podía decir hoy. No tuve el apremio de encontrar las voces guardadas en mi conciencia. No hice más que abrir los oídos a la memoria de los años y tender las manos para escribirla. Ellas estaban en el aire de esa bella y quieta ciudad de los claveles y las hermosas mujeres; en las Escuela de Educación, Sociología y Filosofía; en la Academia del Instituto de Chile, donde fue su Presidente y miembro de número; en las Escuelas de Temporada y de Extensión Cultural, en los patios y esquinas luminosas de la Casa de Bello; en las aulas docentes de la Escuela Normal y del Instituto Pedagógico. Y después, la memoria del tiempo, en el Consejo Universitario de la Universidad de Chile y en el día que recibiera el Premio Nacional de Educación, otorgado por primera vez en Chile, en 1979.

161

Bien supo él comprometer su oficio de maestro para moldear en sus alumnos la fisonomía de la educación y la cultura. Este maestro altivo, enhiesto y emérito, yace ahora muerto entre nosotros y desde su silente corazón dormido nos hace recordar el modo cómo se acuña el oficio para alcanzar el respeto por la libertad y la dignidad humana.

La educación chilena le debe a Roberto Munizaga su incansable quehacer y su responsabilidad indesmentible en la diaria tarea de trabajar por la perseverancia de la cultura.

El Presidente y los miembros de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto Chile le agradecen al maestro esa entrega a lo que fue la verdadera razón de su vivir.

Que a través de estas palabras, que no tienen forma de expresar cabalmente el pensar y el sentir, su estimada familia de educadores de Chile sepan que nosotros también sentimos hondamente el viaje infinito. Y así como a ellos los reconfortará el amor suyo, a nosotros nos consolará su íntegro recuerdo.



Marino Pizarro Pizarro

Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto Chile
Profesor Emérito, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile
Premio Nacional de Educación (1987)